

—Dílo, hija mía...—Si lo sabes tú dílo.....

La niña cruzó sus manitas y comenzó su oración, repitiéndola Diógenes en voz baja, muy lenta, con cierta especie de solemnidad augusta, que recordaba las notas de un órgano acompañando el canto de un ángel:

Bendita sea tu pureza  
Y eternamente lo sea,  
Pues todo un Dios se recrea  
En tu graciosa belleza.  
A tí, celestial Princesa,  
Virgen Sagrada María,  
Yo te ofresco en este día,  
Alma, vida y corazón.  
Mírame con compasión.....

Apagóse aquí la voz de Diógenes, y oyóse tan solo la temblorosa vocecita de Monina, que por un feliz error ó por una inspiración del cielo, equivocaba el último verso.

¡No le dejes Madre mía!...

Diógenes ya no la oía: comenzaba entonces el estertor, y su angustioso resuello interrumpíase á veces por más de un minuto. Llévaronse á la niña: la Marquesa y el jesuita se arrodillaron, y comenzaron á rezar la recomendación del alma: á las once menos cuarto, sin ningún estremecimiento, sin verdadera

agonía, sin soltar de las manos el crucifijo, abrió un poco la boca, y espiró .....

A la otra mañana, cuando después de la solemne Misa de *requiem* que hizo celebrar la Marquesa en Zumárraga, volvió el jesuita á Loyola, oyó que las campanas de la iglesia tocaban también á muerto.....Había fallecido aquella noche el P. Mateu: encontrarónle al amanecer, ya frío, tendido en su lecho. Tenía en las manos el rosario, y vagaba aun en sus labios su pura sonrisa de niño: sobre su frente, amarilla como el marfil antiguo, un nimbo de cabellos blancos realizaba el tipo más peregrino de belleza moral que puede fingirse el hombre. La inocencia con la cabeza blanca... (1).

### III.

Muchos y graves sucesos habían tenido lugar, desde que al terminar el libro anterior dejamos á Jacobo camino de Italia, hasta que hemos vuelto á encontrarle en la carretera de

[1] La muerte de este santo anciano, acaecida casi al mismo tiempo que la de la persona que auxiliaba, es un hecho rigurosamente histórico.

Guipuzcoa, guiando al lado de Currita el *mail-coach* con seis caballos. Y fué el primero, la aparición de un extraño fenómeno á las puertas de Madrid, que vino á causar al Marqués de Villamelón un pavor tan grande, como no lo causó nunca Catilina á las puertas de Roma, ni Mahomet II á las de Constantinopla, ni Isabel la Católica á las de Granada, ni Guillermo I á las de París. ¡¡La trichina!!...

Aquello era un dolor y un horror: tener que renunciar con severidad israelítica al jamón extremeño rosado y aromático, y al salchichón de Génova matizado como un mosaico, ó exponerse á tragar el endiablado microbio, que el atribulado Fernandito seguía con la imaginación en todas sus transformaciones, viéndole alargarse, alargarse hasta convertirse en ténia, y engordar, engordar luego hasta trocarse á costa de los jugos de su estómago, en una serpiente boa, igual á las que había visto tragarse gallinas y conejos y aún cabritos, con la facilidad con que se tragaba él, una tras de otra, un barrilillo entero de aceitunas sevillanas.

Sucedía esto á los ocho ó diez días de la repentina marcha de Jacobo, y entre aflicciones de espíritu, quebrantamientos de estómago y apreturas de entendimiento, recibió Villamelón una cariñosa carta de este tierno amigo, en que con previsión amorosísima y delicadeza exquisita, le enviaba una receta infalible contra la trichina, recogida de los labios mis-

mos de los hermanos Tramponetti, fabricantes de embutidos en la salchichonesca Génova. La receta era bien sencilla: bastaba pasar tres veces por el hervor de agua ordinaria las carnes de cerdo y los utensilios en que hubieran éstas de cocinarse. Fernandito, creyéndose en posesión de un talisman precioso, corrió á dar la noticia á su cara esposa Currita, dispuesto á pasar por agua todos los jamones de su despensa, todas las cacerolas de su cocina, y todos los pinches de ella con el cocinero á la cabeza. ¡Y por qué no!.....Días antes relataba un periódico que el emperador de Birmania había mandado enterrar vivas á setecientas personas, para aplacar los espíritus diabólicos que habían esparcido por sus estados la viruela negra. ¿Por qué no había él de hervir á un cocinero y tres pinches, para librar de la trichina á su persona y á la de sus deudos y amigos?

Currita recibió la noticia con frialdad aterradora, y negóse rotundamente á hacer uso de la receta, con cierta especie de rencorosa terquedad, impropia del caso; también ella había recibido aquel día carta cariñosa de Jacobo, fechada asimismo en Milán, hablándola vagamente de grandes peligros y grandes negocios, y prometiéndole con la tibia seguridad de quien presume ser esperado con ansia, el gozo imponderable de su próximo regreso y la explicación satisfactoria de su repentina marcha.

—¡Excelente amigo!—exclamaba Villame-

lón. Ahora mismo voy á contestarle dándole las gracias.

Currita abrió la boca con un gesto de ira como para decirle algo, y dominándose repentinamente la volvió á cerrar, diciendo á poco con su suavidad acostumbrada:

—Pues mira...—mándame la carta y le pondré yo cuatro letras: así me ahorro escribirle largo....

Media hora después, presentábale un lacayo en una bandeja de plata la carta de Fernandito, y la dama, después de leerla, hizo mil pedazos con extraños gestos de rabia.....Otras dos cartas de Jacobo habían llegado en aquel mismo día á la corte; una larga y enfática para el Marqués de Butrón, llena de mentiras y enredos que sin engañar del todo al presuntuoso diplomático, hicieronle comprender que lejos de amanciparse el joven Telémaco de su tutela, la necesitaba más que nunca, y podía, por lo tanto, seguir explotándole en sus trabajos políticos. Había leído en *La Bruyere* y hecho suya, aquella sentencia muy común entre políticos y no políticos, que despojaba al del tinte de finísima ironía con que su autor la escribe: “Aun los grandes y ministros mejor intencionados, necesitan tener á su lado bribones; su uso es muy delicado y se necesita saber manejarlos; pero hay ocasiones en que no pueden ser suplidos por otros. Honor, virtud, conciencia, cualidades siempre respetables y á menudo inútiles. ¿Qué que-

réis á veces que se haga con un hombre de bien?”

Era la otra carta, larga también, para el tío Frasquito, escrita con grandes visos de misterio, asegurando haber conjurado el peligro á fuerza de astucia y de dinero, y prometiéndole la completa explicación del misterioso—¡Mentecato!—en cuanto llegara él á Madrid y pudiera comunicar á las logias las ordenes que de Italia llevaba. Firmaba esta carta con un nombre supuesto, no ponía en ella fecha ninguna, y encargábale mucho quemarla después de leída, y aventar luego las cenizas. Hizo así el tío Frasquito lleno de miedo, y creyendo ya poder aventurarse á salir con algunas precauciones, presentóse aquella noche en casa de Currita, en el taller de las hilas, tosiendo lastimosamente, y ofreciendo á todas las damas caramelitos de rosa, único remedio para la horrrrrible tos que le había dejado el pertinaz catarro.

Currita no contestó á Jacobo, y extrañado éste tornó á escribirle, sin obtener tampoco respuesta. Alarmóse entónces el furioso ministro, y escribió á Butrón pidiéndole categóricas explicaciones de aquel obstinado silencio, que le hacía sospechar en la dama algún resentimiento, peligroso siempre y funesto en aquellas circunstancias, en que la amistad íntima y la repleta caja de los consortes Villamelón, le eran de todo punto indispensables.

Con mesurado tono y severidad paterna

contestó entónces el sabio Mentor al joven Telémaco, enterándole del regalo hecho por Mlle. de Sirop á la *Kermesse*, del justo enojo de Currita al recibir aquel ultraje, que revelaba la traición del amigo íntimo á quien tantos beneficios había prodigado, y de la ferocidad con que las lenguas murmuradoras se habían echado sobre la aventura, comentándola y riéndola á mandíbula batiente. El sesudo Mentor, terminaba con protectora solicitud y paternal indulgencia: "Tu ligereza ha sido grande; pero inventa una disculpa, apresúrate á venir, y trataremos de arreglarlo."

Jacobo no se hizo repetir el aviso, y cinco días después, el joven Telémaco y el sabio Mentor se presentaban en el *boudoir*, es decir, abordaban á las playas de la isla de Ogigia, retiro encantador de la invulnerable Calipso. La escena debió ser conmovedora; mas ninguna ninfa hizo traición á la diosa, revelando lo que oyó ó pudo ver en la misteriosa gruta, é ignórase al presente cómo llegaron los tres personajes á la perfecta avenencia que todo Madrid pudo observar desde entónces entre ellos. Corrió, sin embargo, á los pocos días por los periódicos la noticia de que el Marqués de Sabadell había acusado de ladrona ante los tribunales á cierta aventurera francesa, llamada Mademoiselle de Sirop; súpase más tarde que ésta había desaparecido, y murmuróse, por último, muy *sotto voce*, que el mismo Marqués, su acusador público, la tenía escondida en su casa: nadie pudo comprobar,

sin embargo, la exactitud de este hecho inexplicable.

Las cosas quedaron, pues, como estaban un mes ántes, y tan solo Jacobo pudo notar en Currita, con harto despecho suyo, esa extraña anomalía de la mujer, que consiste en mostrarse servilmente sumisa con el hombre que la oprime, y ferozmente tirana con el que se le somete: rasgo á la verdad poco noble, que hace comun San Ignacio de Loyola en su famoso libro de los *Ejercicios* al mismísimo demonio, con estas textuales palabras: "El enemigo se hace comó mujer, en ser flaco por fuerza y fuerte de grado..." Mientras en sus relaciones íntimas con la dama se mostró Jacobo duro y despótico, imponiéndole en todo su voluntad como dueño, hallóla siempre dócil y sumisa, pronta á sacrificarse por él y á prestarle todos los homenajes, con la humildad del pobre que al quemar ante el ídolo su incienso, no espera ni pide otra recompensa que la satisfacción de verlo aceptado. Mas cuando por las circunstancias que quedan referidas, tuvo Jacobo que humillarse á ella y mostrarsele rendido y avasallado, crecióse Currita al punto, y sin disminuirle en nada su íntima confianza, ni cercenarle tampoco los continuos y siempre indecorosos beneficios que le prodigaba, comenzó á dejarle sentir su yugo, á hacerle comprender que ella era allí la dueña absoluta, y á saciar su vanidad, primer elemento que en todos los actos de su vida y todos los sentimientos de su corazón entraba, presen-

tándole á los ojos del mundo, vencido, sujeto y atado, como un hermoso rey prisionero a las ruedas de su carro.

Por lo demás, nunca supo nadie lo que había hecho Jacobo en Italia; guardóse él muy bien de decirlo, y con muchas y variadas mentiras explicó á todo el mundo los motivos de su ausencia, quedando esta nueva aventura envuelta en las nubes vagas é indecisas que habrá notado siempre el lector, así en las cosas como en el carácter de este histórico personaje.

Era, sin embargo, cierto que había visitado en Caprera á Garibaldi, y confiándole una peregrina historia que explicaba por completo la desaparición de los papeles, sin culpa de nadie por su puesto. Mas el viejo mamarracho, sin guardar siquiera memoria de aquello, encogióse de hombros al oírle, y seducido por la labia de Jacobo, ofrecióle cordialmente cartas comendaticias para los venerables de Milán y de España, que le pusieran á cubierto de todo recelo. Aceptólas Jacobo gozosisimo, creyendo ya con esto conjurado el peligro, y gastóse alegremente en excursiones por Italia todo su dinero, dejándose en la ruleta de Mónaco hasta el último céntimo del que había sacado al tío Frasquito. Las noticias del sabio Mentor hicieronle apresurar su vuelta á España, y engolfándose de nuevo á su regreso en su antigua vida ordinaria de crápula elegante y vagancia aristocrática, interrumpida á veces por solemnes intervalos políticos, que-

dáronsele en la gabeta las cartas de Garibaldi, pasósele el asunto que le había llevado á Italia, y en su imprevisión natural de niño revoltoso, no volvió á acordarse de los masones, juzgando que también ellos le tendrían olvidado.

Mientras tanto los trabajos alfonsinos tocaban su término, y Jacobo, creyendo haber pagado á buen precio con la entrega de sus papeles el logro de sus ambiciones, importunaba de continuo á Butrón y haciale presente á todas horas en el centro de hombres políticos que dirigian los trabajos del partido, en demanda de una cartera que jamás se le había prometido en serio, pero que se le había hecho siempre vislumbrar á lo lejos, como precio de su hurto, en los tiempos en que era la consigna, barrer para dentro. Mas había llegado ya la hora de barrer para fuera, y el taimado Butrón levantaba con disimulo la escoba, para sacudir al jóven Telémaco el primer escobazo, sin echar de ver que otra escoba más poderosa se levantaba también á su espalda, con la idea deliberada de ejecutar en él la misma maniobra. La estrategia de unos y otros era graciosa: comenzaban ya á organizarse las combinaciones ministeriales, y en todas ellas hacíaase el papel delante de Butrón y delante de Jabobo, de reservarles á uno y á otro las ansiadas carteras, mas volvía la espalda el jóven Telémaco, y decían todos al prudente Mentor, y éste era el primero en afirmarlo, que era una temeridad, un descrédito

para el partido, dar entrada en el futuro gabinete á un botarate, un loco sin decoro como Sabadell, y que la cartera que éste esperaba, había de darse al Sr. Fernandez Gallego, hombre probo, orador famoso, capaz de desatacar un carro cuanto más á un gobierno, con solo hacer oír en las orejas del tiro, los rotundos periodos de su enérgica palabra.

Así quedaba convenido; mas tocábale la vez al respetable Butrón de volver la espalda, y decíanse todos entónces que era una necedad, una pifia, desperdiciar una cartera en aquel pobre hombre, político mujeriego, que debía de contentarse á lo más con una plenipotenciaria, pudiendo emplearse aquella, si no con honra, á lo ménos con provecho, en el Sr. D. Eusebio Díaz de la Laguna, pajarraco gordo en tiempo de Amadeo, que como acontece en todas las restauraciones, habíase pasado con armas y bagajes al bando alfonsino, en cuanto vislumbró en él la aurora del triunfo, ejecutando una de esas maniobras que en la farisaica jerga de los hombres gubernamentales se llaman *cambios políticos*, debiendo de llamarse charranadas ó vilezas. Su entrada en el ministerio, había de ser un poderoso puntal que marcasse las tendencias tolerantes y olvidadizas de la política restauradora.

Al olfato finísimo del Sr. Pulido habian llegado todos estos apartes, y apresuróse á notificarlos al amigo Pepe, temeroso de perder la deslumbradora proyección que sobre su perso-

na y parentela, arrojaría la poltrona ministerial de éste. Entróse, pues, una mañana en casa del respetable Butrón, nervioso y descompuesto, y con las falanges de su dedo índice ya desplegadas, y la frase sacramental—¡lo dije!—colgando de los labios, traspasó el misterioso biombo de nueve hojas, que servía de reducto en el despacho, á los secretos del diplomático. Allí estaba éste, sumido en profundas meditaciones, ante unos papeles que debían de encerrar altos secretos de Estado, de los cuales apartó los ojos tan solo un segundo, para mirar al recién venido murmurando con aire distraído:

—¡Hola Pulidito!.....

Mas Pulidito, alargando el inexorable dedo indicador cual si fuesen sus falanges elásticos, y agitándolo de arriba abajo con la fatal oscilación de un péndulo acompasado, exclamó con temeroso acento:

—¿Lo ves, Pepe?...—¿Lo ves?... ¡Lo dije!... ¡Lo dije!....

—¿Qué?—replicó Butrón con aire resignado de quien se prepara á recibir un inoportuno chubasco.

—¿Qué?—repitió el Sr. Pulido en el mismo tono. Pues nada..... ¡que te birlan la cartera, Pepe; que te la birlan!.....

Y al compás de las oscilaciones de su dedo, comunicó al diplomático sus noticias alarmantes... El respetable Butrón no se conmovió ni pizca. ¿Acaso era él bobo?... Al tanto es-

taba de todos aquellos manejos; pero callaba, callaba y hacía la vista gorda, porque tenía la seguridad—y su vanidad inmensa se la daba en efecto,—de que el futuro gabinete no podría prescindir de su persona y sus servicios.... En cuanto á Sabadell era otra cuestión: habíase forjado ilusiones absurdas, que en el futuro orden de cosas era imposible realizar. Sabadell era un loco, un mentecato que había prestado por carambola algunos servicios al partido, pero que no era de la madera de que la Restauración había de hacer sus ministros: hubiera podido serlo con un Prim ó con un Serrano; pero nunca con un Cánovas de Castillo y con un Butrón.

Detúvose aquí el diplomático con solemne pausa, y añadió sentenciosamente:

—Todo árbol es madera;—pero el pino no es caoba.... En mi opinión, ni Sabadell puede ser ministro, ni yo puedo dejar de serlo.

El dedo del Sr. Pulido comenzó á subir y bajar con riesgo manifiesto de descoyuntarse, cual si marcaran sus oscilaciones los grados de impaciencia de su dueño.

—¿Y crees tú, Pepe,—que el Sr. Cánovas del Castillo será de tu misma opinión?....

Miróle el diplomático con aire de lástima, y dijole al cabo.

—Mira, Pulidito, hijo mío,—cree que no soy del todo imbécil.....Cánovas no da un paso sin contar antes conmigo.

—¿Y ha contado conmigo para proponer la candidatura del Sr. Diaz de la Laguna?.....

Pasmóse interiormente el gran Robinsón, porque ignoraba por completo que semejante candidatura se hubiera presentado; mas pareciéndole contrario á su decoro manifestar ignorancia, y cediendo á su hinchada vanidad, que le llevaba siempre á disfrazarlo todo con solemnes mentiras y enigmáticos conceptos, á fin de mantener en alza su crédito político, replicó imperturbable:

Ha contado.

—Entonces.....

—Entonces,—puedo asegurarte que Sr. Laguna quedará siempre rana del pasado charco.

Y dando una gran palmada con su mano de Esaú extendida, sobre los papeles que tenía delante, dijo solemnemente, con cierto aire de reserva dignísima que indicó al señor Pulido, que tras el biombo de la mesa estaba el biombo de las cejas del diplomático, custodiando dentro de su frente arcanos misteriosos, que á él no le era dado penetrar.

—Mira, Pulidito,—dejemos ya eso.....Los secretos míos, puedo confiarlos á un amigo; los ajenos, jamás.....Para tu tranquilidad y tu gobierno, te diré, sin embargo, dos cosas... Primero, que anoche estuvo Antonio Cánovas conferenciando conmigo, en esa misma silla en que estás sentado, hasta las cuatro de la mañana ....

Hizo el respetable Butrón un alto para de-

jar saborear al Sr. Pulido la gordísima mentira, y prosiguió diciendo.

—Segunda...—que al despedirse Cánovas, me entregó este proyecto de tratado secreto con Alemania—y golpeaba los papeles que tenía delante y necesito para estudiarlo..... tiempo y soledad.....

Quedóse tamañito el Sr. Pulido ante el perfil de perro dogo de Bismarck que las palabras del diplomático evocaban sobre la mesa, y comprendiendo que se le recordaba con aquel elegante giro, que el undécimo mandamiento de la ley de Dios es no estorbar, despidióse esta vez con el dedo índice muy plegadito, medrosico y esperanzado, mas no sin echar ántes una ojeada furtiva al proyecto de tratado secreto con Alemania, que la extendida mano del diplomático parecía proteger contra todo amago de curiosidad. Algo atisbó, sin embargo, que vino á despertarle la sospecha de que el tal proyecto de tratado secreto no era precisamente con el gobierno alemán, sino con la repostería de Lhardy, poderosa potencia gastronómica de la carrera de San Jerónimo: entre los peludos dedos del diplomático, asomaba por una esquinita, la viñeta de las cuentas del célebre Emilio.

Mas no era el Sr. Pulido hombre que una vez puesto en la pista, retrocediese ante ningún peligro ni reparo: fuese, pues, derecho á casa de Lhardy, y preguntóle si el Sr. Marqués de Butrón tenía en su repostería alguna

cuenta pendiente. Emilio, creyendo sin duda que aquel señor vendría á pagársela, dijole que tenía cuatro, de las cuales era la más antigua la del *buffet* de un baile, dado tres años antes en honra de Currita, y que el día anterior se las había remitido todas juntas por centésima vez, sin haber lagrado aún cobrar ninguna. Enderezóse entonces el dedo del Sr. Pulido con la fuerza de una catapulta, y atónito Emilio, oyóle exclamar dos veces:

—¡Lo dije!... — ¡Lo dije!....

---

#### IV.

Amaneció por fin el día 29 de Diciembre de 1874, y á las once y cincuenta y seis minutos de la mañana, el ministro de Guerra, Serrano Bedoya, saltaba violentamente de la cama, coma había de saltar veinticuatro horas más tarde violentamente también, de la poltrona ministerial.....Anunciábale un telegrama del gobernador militar de Sagunto, que el general Martínez Campos había proclamado rey de España al príncipe Alfonso, en las Ven-